

SE PUBLICA
LOS
DOMINGOS.

PRECIOS:
EN LA
Habana y Matanzas
UN PESO AL MES.

En el interior
TRES PESOS 50 CTS.
por trimestre, adelantados,
FRANCO DE PORTE.

EL NÚMERO SUELTO
SE VENDE Á
TRES RS. SENCILLOS.



REDACCION

O-REILLY 34,

á donde se dirigirán

las reclamaciones que
puedan ocurrir por
virtud de los artículos
que se publiquen.

LOS DEMÁS

AVISOS Y RECLAMACIONES

pueden dirigirse

Á LA

IMPRENTA Y LIBRERÍA

"EL IRIS,"

OBISPO 22.



LA SERENATA.

PERIÓDICO SATÍRICO, ECONÓMICO Y LITERARIO.

REVISTA DE SOCIEDADES ANONIMAS.

EL BANCO ESPAÑOL DE LA HABANA.

Es una serenata.
Oigamos pues.



todo Señor, todo honor: dice un proverbio muy conocido y que yo respeto mucho, por lo mismo que no acierto á comprender, bien á las claras, el por qué de tal deducción. Sea el que fuere, que eso no es del caso ahora, me atengo desde luego á lo que previene la citada máxima, así como me atengo también á otras muchas cosas que todavía comprendo menos, y voy, en consecuencia, á dar el primer lugar en esta sección de la *Serenata*, al primer establecimiento conocido dentro y fuera de la Isla, así en los tiempos antiguos como en los modernos, *de atracción y paralización* del metálico; es decir, al Banco Español de la Habana.

Una desgracia es y nó floja, queridos lectores, que no todos los hombres vean

las cosas bajo un mismo prisma, de lo que resulta una diversidad de pareceres tan infinita como lo es la diversidad de rostros de los que se permiten tener un parecer, suyo propio, en estos tiempos de mentores y lumbreras que alcanzamos. Así, pues, no era de esperar que el Banco de la Habana tuviese el triste privilegio de exceptuarse de tan conveniente regla, y de consiguiente, á nadie causará extrañeza saber que existen entre nosotros unos cuantos *anarquistas*, no poco testarudos, que han dado en la maña de sostener á su manera que el citado *Banquito* no ocupa el primer lugar bajo ningún concepto, aunque debiera ocuparlo bajo muchos; pero, bien mirado, todo eso no es otra cosa que chismes y cuentos de lugar, y la prueba es que cuando se estrecha á esos Señores para que se expliquen, aunque sea *con circunspección*, y demuestren el fundamento de sus aseveraciones, se nos escapan por la tangente, diciendo que ellos hablan en el sentido de regularización del crédito, de servicios al comercio, de facilitación de las transacciones mercantiles y de otra porción de tontearías por el mismo estilo, que ninguna

analogía tienen, á Dios gracias, con la cuestión de nuestro querido Banco. A qué mezclar y traer á colación cosas tan opuestas entre sí? Quédense en buen hora esas majaderías allá para la vetusta Europa y los demás países tan atrasados como ella, que aquí como tenemos la envidiable suerte, á lo que se asegura, de habitar en una perla, no hay mas crédito ni calabazas que buenas cajas de azúcar en almacenes *privilegiados*, á prueba de embestidas y tempestades, ni mas circulación que mejores onzas de oro cuando uno quiere soltarlas, que no siempre se ha de estar de humor de dejarlas que rueden ó que circulen.

Con todo, no quiero que nadie pueda tacharme de intolerante en demasia, y convengo con el mayor gusto en que el Banco no ha sido hasta ahora el primero en marchar aquí por la senda espinosa del *anarquismo*, pero en cuanto á que no lo sea en esto de atesorar onzas sobre onzas, que es lo que á mi me gustaría mas, y en tenerlas muy guardadas y en contemplarlas con singular deleite, eso nó, aunque me fusilen. Basta y sobra semejante circunstancia para demostrar siem-

pre la supremacia que he querido dejar perfectamente deslindada, antes de entrar en materia.

Vamos claros, hombres de Dios; ¿qué viene á ser un banco de emision? Me dirán sin duda, que aunque máquinas un tanto defectuosas, están generalmente considerados en todos los paises, como instrumentos poderosos para promover el desarrollo de la riqueza pública, multiplicar los cambios y facilitar el crédito, alma y vida del comercio. Pues están Vds. y todos las paises completamente equivocados y la humanidad vive, por tanto, miserablemente engañada. Nuestros *hombres de orden* lo hubieron de conocer en seguida; ¡ya se vé! como hemos adelantado tanto en esto de la *distribucion de las riquezas*, no es empresa fácil que nos engañen de cualquier modo, y mucho menos que vayamos á participar de los errores ajenos. Una lástima era, un dolor para nosotros, que la humanidad siguiese viviendo, así como quien dice en la ignorancia y oscuridad, y el Banco de acá, por pura filantropía se entierde, háse encargado de dar á los de allá unas cuantas lecciones, y de paso que les abre á ellos los ojos, acabar de abrimos á nosotros el sentido, si es que la Magestad Divina permite un milagro tan estupendo.

Aquí tienen Vds. explicado el *quid* de la cuestion que tan dudosa parecia antes, y no hay por supuesto que andarse con risitas ni aspavientos, queharto claro nos ha demostrado la esperiencia que los bancos de aquí, por consecuencia quizás de su mentor, ó de los calores ó de cualquiera otra cosa que nos escape ahora, vienen á ser casas de reclusion del vil metal que, apesar de su vileza, trae trastornado medio mundo y suspirando el otro medio; máquinas muy superiores para promover el desarrollo de las crisis mercantiles y guillotinas, para tener metidos en un zapato, á esos Sres. del comercio, de quienes no depende otra cosa, para haber de dispensarles muchos miramientos y contemplaciones, que todas las industrias y el trabajo. ¡Friolera!

El Banco de la Habana inauguró su brillante carrera, demostrando desde el primer paso, lo que habia de ser andando los tiempos. Nuevo Saturno ha devorado hasta sus propios hijos, y esto, como es de suponer, con inmenso dolor de su sensible corazon, por que la sensibilidad es otra de sus recomendables prendas; en una palabra, nos ha enseñado prácticamente lo que puede una cortante espada, diestramente esgrimida.

No conocíamos por acá las chistosas crisis comerciales y el Banco se encargó, tambien, de proporcionarnos este beneficio, que no parece sino que el bendito Establecimiento se ha empeñado en meternos en los aposentos de la cabeza, la zandunguera ciencia económica vuelta del revés. Y no vayan mis lectores á creer

que para ello tuviese que recurrir á medidas complicadas ni á meditaciones del otro juéves; nada de eso, que lo grande lleva siempre en sí una marca tal de sencillez, que es la prueba mas acabada de su grandeza. Limitóse á proceder, lisa y llanamente, á la inversa de lo que se practica en la *inculta* Europa en casos semejantes. Mas claro: bajando de repente el descuento mercantil á un tipo nunca visto ni oido antes entre nosotros y durante una situacion en que allá lo hubieran subido, abrió, en vez de cerrar, de par en par las puertas á la atrevida especulacion que ya asomaba la cabeza, y acabó de colarse en nuestro campo esta nueva Musa, inspirando á sus adeptos trozos sublimes de sin igual poesia. Del choque de tan encontrados elementos, vimos aparecer á lo mejor, una bonita crisis que hizo rodar por el polvo á muchos industriosos caballeros, flor y nata de la presuntuosidad andante, sin que el Banco sufriese, á su parecer, otro quebranto que el susto consiguiente. No paró en esto la leccion; los gritos de socorro fueron tales que el solicito Establecimiento no pudo menos de conmoverse y acudir en auxilio de sus propias víctimas. Llegar, enjugar sus lágrimas, tomar el pulso al enfermo y conocer al momento que el mal era, simplemente, una *indigestioncilla* de papel, fué obra de un instante; y como quien lo entiende, «*similia similibus curantur*» dijo, y administró al paciente una buena racion de bonos. Lo malo fué que no bien habian los otros empezado á conocer las virtudes y escelencia de esta clase de medicinas, cuando les quitó el remedio y se entregó en cuerpo y alma, nó al Diablo como deseaban muchos, sino á la confeccion de la segunda crisis, que en su concepto habia de ser todavía mas provechosa que la primera, porque despejaria el campo mercantil de tanto malandrín como lo tenía invadido, y purificaría sobre todo, la atmósfera comercial de tanto *papel podrido* como la inficionaba.

Y vayan mis lectores viendo y recapacitando y confesando si no son estos servicios altisonantes, continuos é inimitables. Seré franco: como *admirador* perpétuo del Banco, y su sistema, no sé qué encomiar mas; si el nunca bien ponderado teson que tan ampliamente ha demostrado, no doblegándose jamas ni ante las súplicas ni ante los halagos, ó su manifiesto desinterés tan impropio de estos tiempos, porque sepan vuestas mercedes que tales lecciones no se dan á humo de pajas; cuestan mucho, á veces hasta millones. Verdad es que con *cuentas en suspenso*, *pagarés por cobrar* y otros ingredientes de esta clase, se hacen hoy milagros; las pérdidas parecen ganancias y las ganancias portentos. ¡Oh arcanos de la ciencia y como vais apareciendo al soplo impulsador del genio! ¡Oh tiempos de fabuloso progreso que aguardan impa-

cientes un Homero que inmortalizarlos sepa!

Vino, lectores, la segunda crisis, por obra y gracia del espíritu del Banco; y vino despues de la primera que es lo mas admirable, por que quiere decir que vino, cuando justamente por haber venido la otra, no debió esta venir nunca. Los malandrines se portaron á las mil maravillas; una parte del papel aquel fué á parar á manos de la Santa Hermandad, donde esprimido de una manera suave, 'suelta todavia algo con que comen otros muchos caballeros no menos industriosos que aquellos; y la otra parte anda todavia como ánima en pena, de aquí para allá y de acá para acullá, que no todos han de tener la sensibilidad del Banco para darle en su seno abrigado asilo. Escusado parece decir que, como de costumbre en casos tales, el Establecimiento tornó á sacar á la luz sus *papelitos* de pintorescos colores, aunque esta vez lo hizo con mas calma que la primera, como quien no espera gran cosa del remedio, y mediaron muchos ruegos y saludos y no pocos *chiqueos* y unas cuantas cortesías.

Estos brillantes hechos, esta esquisita sensibilidad, estas repetidas lecciones que mi pluma acaba de consignar, debieran, en mi concepto, haber conquistado al Banco el aprecio universal; pero ¡oh ingratitud de los modernos tiempos! Los Sres. del comercio, que en esto de no estar nunca tranquilos se parecen á los casados, y en lo exigentes á ciertas notabilidades que por el mundo andan, todavia pretendian mas sacrificios, y hubo al fin de resultar que cansado el *humanitario* Establecimiento de tantas pretensiones y exigencias, se guardase á lo mejor el dinero y los papelitos. Los del comercio se miraron entonces, estupefactos, como quien acaba de recibir la bendicion nupcial; dieronse las buenas moches y se fueron para sus casas, murmurando entre dientes este conocido estribillo:

Dios le dé salud,
Dios le dé salud,
A aquel montañés
Que apagó la luz.

Hé aquí, á grandes rasgos, la historia del Banco hasta nuestros dias; historia llena de heróicos esfuerzos, saludables advertencias y provechosas lecciones que no han sido, todavia, debidamente apreciadas. Otro dia probaré con el auxilio de la *inflexible* lógica de los números, la incontestable verdad, de lo que, por vía de introduccion, dejo hoy sentado. Añadiré ahora, para concluir, que en la actualidad el Establecimiento modelo parece haberse dedicado, casi por completo, á la lucrativa especulacion de custodiar, gratis, toda clase de monedas del cuño español que se le confien, lo cual nada tiene de extraño, pues así como ya ha habido en el mundo quien anduviera á todas horas con una

pieza de paño al hombro esperando la última moda para hacerse una casaca, puede ser que el Banco espere también los últimos sistemas de crédito para emplear sus fondos, y sea este el secreto de su original conducta.—Siga, mientras tanto, por la senda que él mismo ha trazado para su uso particular, que ella le conducirá á la cúspide de la gloria que debe haber reservada,—si es que no se la ha llevado también algún otro temporal—, para los grandes economistas á inmediación del Templo de la Fama; y si en la *perla* que habitamos, vale algo el aplauso de un pobre escritor sin pretensiones, reciba con benevolencia el que hoy le envío, tanto mas apasionado cuanto que si algún sentimiento abrigo, aparte de otros muchos como hombre del presente siglo, es por no tener yo también una buena Caja, bien repleta de millones, para imitar la conducta del Banco, recreándome en contemplarlos. Bien haya el que los tiene, aunque sean prestados, que al fin y al cabo, como decía Figaro, *hay cosas de suyo pegajosas, y si se arrima uno mucho, por ejemplo, á un bocoy de miel, por fuerza se ha de untar, sin que esto sea en ninguna manera culpa de uno, sino de la pícara miel que de suyo untá.*

BELMONTE.

UNA OPINION SOBRE LAS MUJERES.

En mi concepto no hay trabajo mas inútil que el de opinar en cualquiera materia, vista la divergencia de pareceres y la rudeza de ciertos entendimientos.

Una de las decepciones que sufre mas pronto todo el que escribe para el público, es esa precisamente, por lo mismo que todo el trabajo del escritor no se reduce á mas sino á dar su opinion sobre los hombres y las cosas, con lo cual se vendrá en conocimiento de si necesitará paciencia el escritor para emitir un día y otro su opinion, y ver que si uno la acepta y la sanciona, diez por lo ménos la rechazan y la niegan.

Esto como es fácil de ver, tiene su explicacion en que nadie se halla de acuerdo con la opinion que no le favorece. Por ende, como el escritor crítico á pocos ha de ensalzar y aplaudir, la consecuencia legítima ha de ser la desaprobacion por parte de aquellos á quienes censura.

Supongan Vds. un poeta infatuado á quien el mejor día le dice un crítico muy satisfecho, que sus versos no valen maldita la cosa, y que haria bien en colgar la *lira*. ¿Colgar?—Primero se colgaría el hijo de Apolo de una viga del techo, que hacer tal con el bendito *instrumento*. Verdad es que la crítica poco le importa y para él escasa ó ninguna fuerza tiene la opinion de un *envidioso*, cuando el público todo lo celebra y lo colma de plácemes. ¿Qué significa por tanto un parecer ais-

lado? El crítico de este modo se queda con su opinion y el poeta hace lo que le dá la gana.

Por este estilo son todas las opiniones que uno emite y esta es la suerte que cabe á cuantos pareceres se dan, sin que haya otro remedio sino conformarse.

¿Qué me dicen Vds. de la opinion que profesan los hombres acerca de las mujeres? ¿La aceptan ellas, se conforman ni por un momento con todo otro parecer que no sea favorable á sus exigencias y pretensiones? Opine V. que son generosas; que su abnegacion llega hasta la sublimidad; que aman mas y mejor que los hombres; que son en todo superiores á estos; y mas que nada, dígaselas á todas sin escepcion que son bellas. Las verán Vds. adherirse á esa opinion, estar de acuerdo, no disentir en manera alguna y antes afirmar unánimes la justicia de semejante creencia.

Lo curioso despues de esto, es lo que piensan ellas de sí mismas. «Los hombres, dice un escritor francés, no temen á los hombres, pero temen á las mujeres. Las mujeres por el contrario temen á las mujeres y no temen á los hombres. Esto, añade, hace la apologia de ambos sexos.»—He aquí una opinion, digo yo, que confirmarán por lo bajo todas las mujeres por lo exacta y acertada.

Una mujer tiene por ejemplo, amores, y teme y desconfia siempre de otra mujer, no de su amante; pues con este sabe como ha de manejarse para tenerlo seguro. Pero si una de su sexo pusiese los ojos en él; si valiéndose de las artimañas femeninas quisiese á todo trance suplantarla, quitarle el novio, ante este peligro si que se alarma cualquiera mujer y se estremece toda, calculando los diversos medios que tiene á su disposicion la mas débil, la mas inofensiva en la apariencia; medios todos eficaces é infalibles, tratándose de vencer al hombre, que al lado de la mujer, es siempre un pobre diablo incapaz de conjurar sus acechanzas.

El hombre, ser vanidoso por excelencia, opina sin embargo de muy diverso modo y cree, por lo general, dominar á la mujer é imponerle la ley, cuando mas es juguete de sus caprichos y veleidades. Cree muy satisfecho ser el que enamora á la mujer, el que la conquista y la subyuga. Error de su vanidad. La prueba es que cuando la mujer no quiere, no hay hombre capaz de hacerla variar de idea y de que ceda á sus pretensiones. Por el contrario, nada es que el hombre no quiera, pues en queriendo la mujer, el mas firme, el mas enérgico, cae al fin rendido á las plantas de la que lo asedia, de *la que lo enamora*.

Esta es la verdad: la mujer toma la iniciativa, aunque otra cosa parezca; iniciativa puramente femenina, esclusiva del bello sexo. El hombre habla, hace contorsiones, se pone en ridículo, y á esto llama

enamorar. La mujer sin desplegar los labios, sin moverse y hasta sin mirar muchas veces, impone su voluntad, domina despóticamente y se burla del hombre mas avisado. Ella prepara sus baterias siempre con tal tino, con tal destreza, que sus tiros dan todos en el blanco. La mujer tiene un ojo certero, una magnífica punteria: no yerra nunca. Y es que la mujer no hace nada á tontas y á locas. Reflexiva por su propia organizacion, todo lo pesa antes con esa madurez de que solo ella dá ejemplo, y no obra sino en el momento oportuno, en el instante necesario y cuando su ojo esperto le muestra á las claras el triunfo y la victoria. Por eso pocas se equivocan; por eso rara es la que no obtiene punto por punto todo lo que se ha propuesto, en cualquiera empresa á que encamina sus miras.

El hombre mientras tanto con su buena fé característica, lo que equivale á decir, con su tontería habitual, juzga á la mujer tonta como él; préstale sus mismos sentimientos y obra en consecuencia. Así es que se engaña siempre.

«El símbolo de las mujeres en general, dice un escritor de estos tiempos, es el del Apocalipsis: *Misterio*. Allí donde hay un muro de bronce para nosotros, no hay para ellas sino una tela de araña.»—¿Cómo se atreve, pues, el hombre á creerse superior en todo á la mujer, cuando quizás no le iguala en nada? Ese ser tan débil físicamente, esa encarnacion poética y seductora de aterciopelados contornos; que parece no tener sino dulzura y suavidad en todo, es sin embargo, considerado moralmente, es decir, bajo un punto de vista superior al hombre, el ser mas fuerte de la creacion.

Ellas lo saben y tienen conciencia de su supremacia; pero fingen perfectamente una insuficiencia que en manera alguna les es natural, y ocultan cuidadosamente al hombre sus ventajas para inspirarle mas confianza y atraerlo con menos dificultad á sus redes. Y el hombre cae siempre en las que la mujer le tiende, porque el hombre, audáz batallador contra el hombre, fuerte é invencible adalid en campo abierto, no sabe librarse del astuto enemigo que lo vence con armas de distinto temple á las que el hombre usa.....

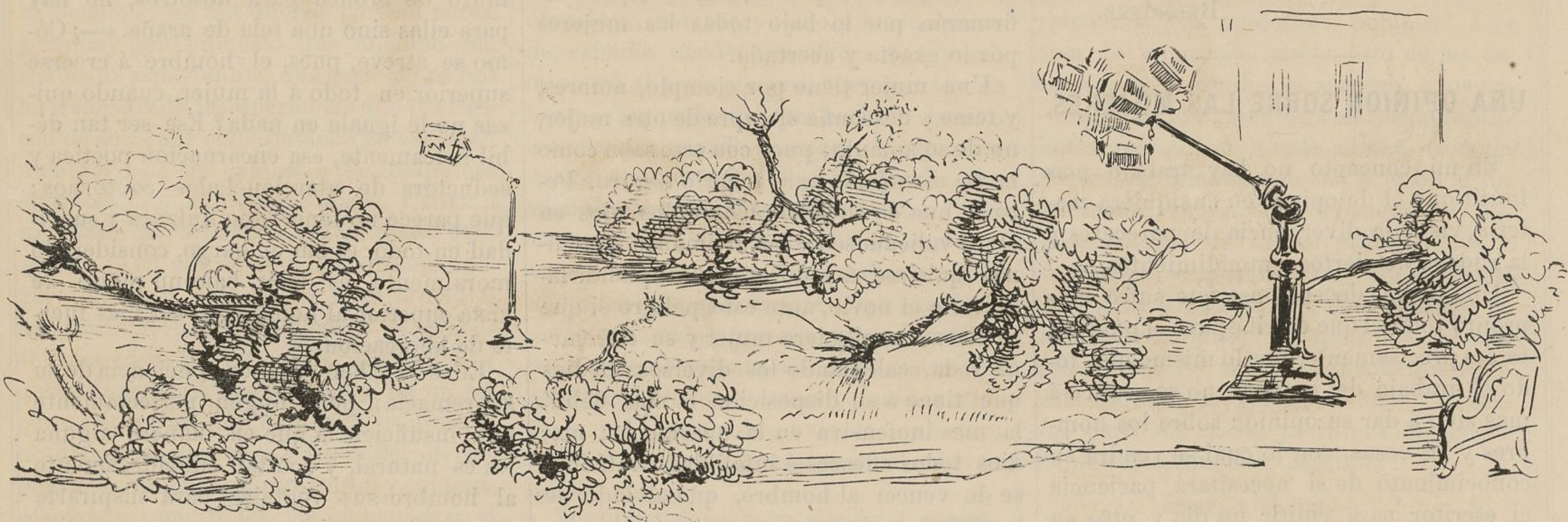
Héme aquí enfrascado en una disertacion sobre la mujer; héme aquí, que sin saber cómo, he hecho de ella una pintura con tales colores, que no sé si debo esperar su beneplácito ó temer su enojo. Y todo á propósito de la opinion, que fué el tema que me sirvió de base al comenzar mi artículo. Paréceme empero que no hay incongruencia entre lo que de ello digo y las primeras reflexiones que abren la marcha á este escrito; pues indudablemente, no hay opinion mas controvertida y mas sujeta á divergencias, que la que merecen las mujeres á los hombres.

Asi como no es fácil hallar dos relojes

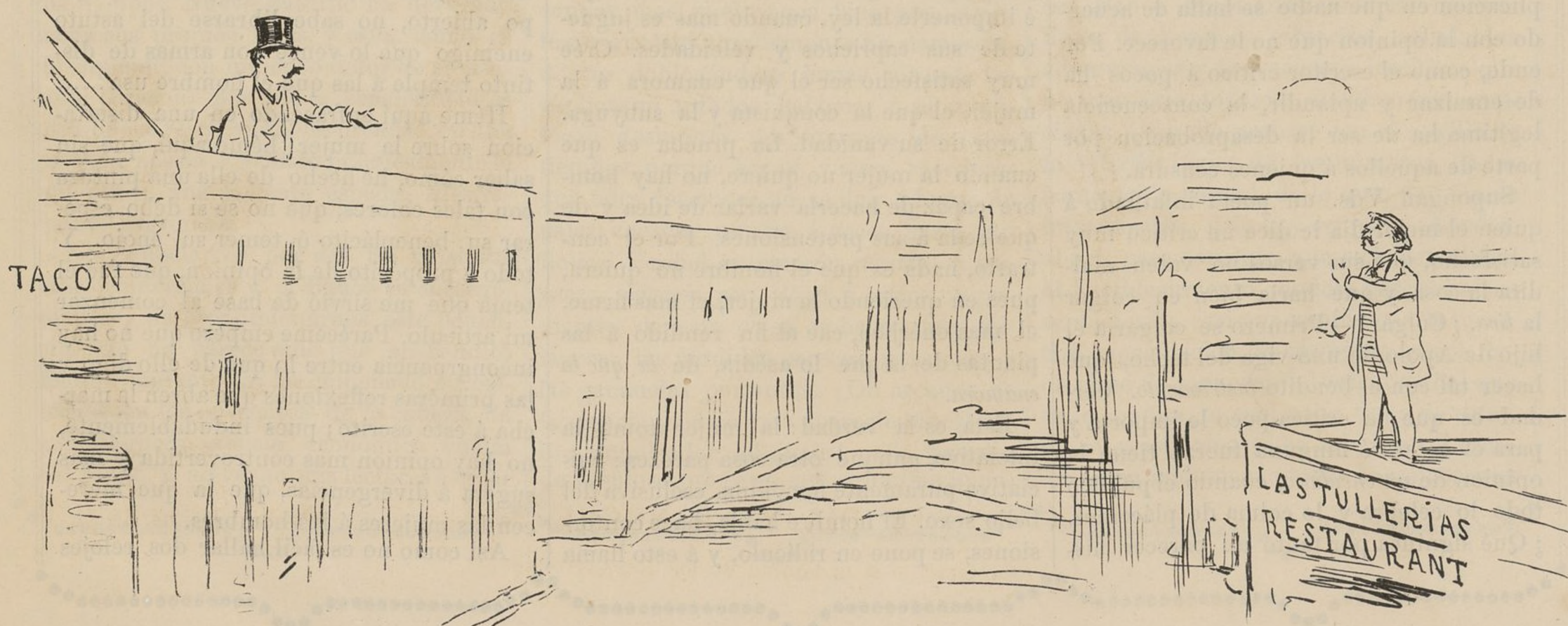
EL HURACAN.



Dos Tacos que salen del Louvre.



Las ruinas de la nueva Palmira.



—Paisano, mi techo ha desaparecido: ¿tendría V. la bondad de decirme si lo ha visto por ahí?
—¡Toma! como que se ha refugiado en mi cocina!



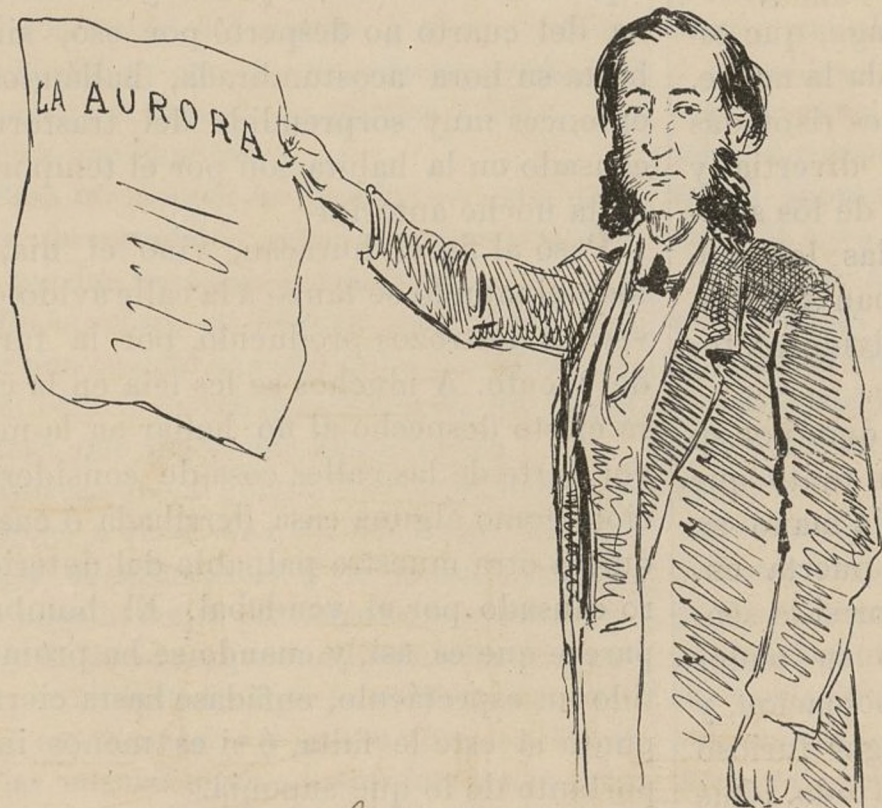
DISERTACIONES ACERCA DEL HURACAN.



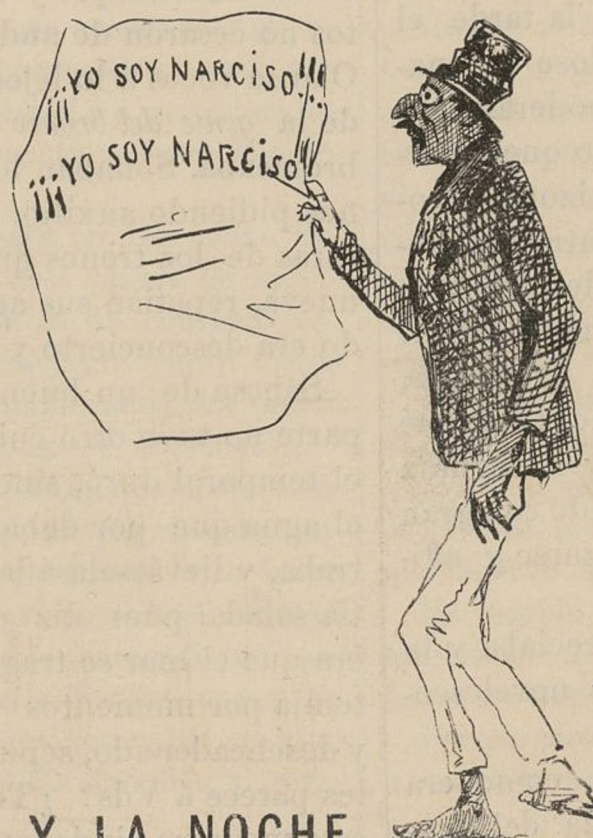
La compañía de zarzuela
emigra á Puerto-Príncipe.



Próxima inmigración
de la robusta violeta.



Saturnino Martínez.



¡Qué gracioso es el niño
Narsisito! Hé, hé, hé, he

EL DIA Y LA NOCHE.

(Suplemento á la lámina de los REPARTIDORES).

acordes, tampoco se encontrarían dos hombres con identidad de opinión acerca de las mujeres. El uno vé en la mujer todo lo mas hechicero y encantador que sea imaginable; el otro por el contrario, le niega todo mérito y desdeña ó afecta desdeñar su influencia. Cada cual en suma tiene de la mujer la opinión que las circunstancias le dictan ó que la experiencia le enseña.

¿Me atrevería yo á pretender que la mía en esta ocasión fuese de algun peso y se estimase en lo que valer pueda?—Pero he dicho *la mía*. ¿Me pertenece acaso la opinión que sobre el bello sexo he emitido? No en verdad, porque aunque la forma en que la he manifestado me sea propia, la esencia se halla al alcance de cualquiera observador. Sírvame esto de excusa para con *ellas*, pues no soy en realidad sino eco de la opinión general.

Después de todo, la opinión acerca de las mujeres vale tanto como la opinión sobre cualquiera otra cosa.

A pesar de eso, yo *he opinado* aquí sobre ellas, como pudiera haberlo hecho respecto á algun otro asunto. Necesitando escribir un artículo para *La Serenata*, ocurrióme ese tema, y estando de prisa, no pude detenerme á meditar otro. Este es todo el secreto.

GENARO ABEL.

EL HURACAN.

Los diarios de la capital han referido detalladamente la parte seria ó sea la *dramática* del huracán de la noche del domingo 22; pero como lo cómico se halla siempre junto á lo dramático, lo ridículo junto á lo sublime, paréceme oportuno hacer mención por mi parte de algunos de aquellos hechos mas ó menos cómicos ocurridos durante el temporal, lo que efectuaré sucintamente, por no tener espacio para estenderme mucho.

Como desde las cuatro de la tarde el cariz del tiempo iba poniéndose amenazante, el miedo empezó á apoderarse de los mas impresionables, por lo que en varias casas no se comió ni se hizo otra cosa que tomar precauciones, entre las cuales deben contarse multitud de lámparas y velas encendidas á las imágenes..... Otros menos piadosos y mas prudentes, prefirieron proveerse de trancas con que asegurar puertas y ventanas, y en seguida se sentaron á la mesa, comiendo con gran apetito, á reserva de atemorizarse y afligirse *después de comer*.

Mientras tanto el viento arreciaba y la lluvia iba en aumento. (Estilo novelesco-sentimental.)

Llegó la noche y con ella, como era de presumirse, la mayor fuerza del temporal, que se formalizó en efecto, inque-

tando los ánimos y ofreciendo en todas las casas multitud de escenas á cual mas cómica.

La idea predominante era proporcionarse trancas, para lo cual fué necesario donde no las había de antemano, procurárselas á todo trance; y escusado es decir que se dió principio al desarme de las barras de catre y que durante algun tiempo esto ocupó á mucha gente. Una tranca era en aquellos momentos un objeto precioso, un feliz hallazgo no comparable á otro alguno. Esto prueba que el valor de las cosas no depende sino de la necesidad mas urgente. Paso á la observación y adelante.

¿Qué confusión en algunas casas, qué hablar todos á la vez, qué carreras, qué precipitación, qué apuros! Los chicos al ver aquellos preparativos se compungían, lloraban y prendidos á las faldas de sus madres, acrecían la consternación de estas, que se encomendaban á toda la corte celestial. Introducíase el agua por todas partes y era necesario achicarla. Para esto se abrían las puertas que impulsadas por el viento volvíanse á cerrar con estrépito produciendo gran ruido. Al portazo sucedían los clamores y gritos de las despavoridas mujeres, y la confusión redoblaba.

Una señora, queriendo mostrar entereza y alentar á las otras, decía que aquello no era nada; pero al propio tiempo una ráfaga impetuosa bramaba, obligándola á prorumpir en un trémulo ¡Dios mío! que hacía estremecer á las que la escuchaban.

Casa hubo donde para mayor conflicto del sexo débil, permanecieron á oscuras mientras duró el huracán, por no encontrarse un fósforo con que encender el gas!..... En cambio las calles estaban en tinieblas, unas porque los encendedores se hicieron los suecos, como en la calzada de la Reina, y otras porque el viento echó á rodar los faroles y dió al traste con las luces. No por eso faltaba gente en las calles, á pie y en carruaje, que estos no cesaron de andar en toda la noche. Oíanse voces á lo léjos y fuertes risotadas de la *gente del bronce* que se divertía y bromeaba. Sonaban los pitos de los serenos pidiendo auxilio; los de las locomotoras de los trenes que llegaban á Villanueva, repetían sus agudos silvidos, y todo era desconcierto y alboroto.

Sábase de un buen señor que por su parte no tuvo otro cuidado en tanto que el temporal duró, sino mojar la mano en el agua que por debajo de la puerta entraba, y llevársela á la boca por si la sentía salada; pues diz que todo su temor era que el mar se tragase la población, y temía por momentos verlo llegar furioso y desencadenado, sepultándolo todo. ¿Qué les parece á Vds? ¿Tendría imaginación este medroso ciudadano?

Otros clavaban los ojos en el techo, pa-

reciéndoles que iba á descender y á aplastarlos, por lo que pasaban de un lugar á otro de la casa sin creerse seguros en ninguno. A cada tregua del huracán, todos los postigos de las ventanas se abrían y los vecinos se comunicaban mutuamente sus observaciones sobre el estado atmosférico. A poco volvía el viento y la lluvia y todos cerraban apresuradamente.

Eran ya las diez y el sueño principió á invadir á la mayor parte; pero mas de uno quiso dormir al rumor de la tempestad y se lo impidió su mujer, su hija, ó su hermana, amedrentadas todas á la sola idea de *quedarse solas*.

Algunos enamorados fieles y exactos á la acostumbrada cita, se lanzaron á la calle, y á mas de pagar un doblon por el carruaje, llegaron calados á presencia de sus ídolos, que debieron estimar aquella acción como la mejor prueba de amor y de constancia. Amor indudablemente á prueba de huracanes. Y las novias todas muy asustadas y con las lágrimas en los ojos, uníanse á sus novios y no los dejaban moverse, pues veían en ellos su mejor amparo. ¡Qué noche para los tales! Oh! verdaderamente aquello era para espantar á esas pobres niñas, ya de por sí predispuestas á las emociones con las peripecias y las turbulencias propias de las amorosas ansias!.....

Pero no se crea que en todas partes dominaba el pánico, que sé de varios puntos donde se cenó alegremente, se jugó á la lotería y hasta se tocó el piano. Si no temiese pasar por exagerado, diría que se habían bailado sus dancitas en los momentos de calma; pero esto no debo ni intentar decirlo, porque no me creerían.

Bueno es advertir, por otra parte, que muchos de los que pasaron gran miedo aquella noche, á la mañana siguiente contaban riéndose que habían dormido á pierna suelta sin el menor sobresalto. Realmente sí, hubo hombre tan entregado á las dulzuras de un sueño profundo, que á pesar de abrírselle la puerta y la ventana del cuarto no despertó por eso, sino hasta su hora acostumbrada, hallándose entonces muy sorprendido del trastorno causado en la habitación por el temporal de la noche anterior.

Pasó al fin el huracán, vino el día, y todo el mundo se lanzó á la calle ávido de ver los destrozos producido, por la furia del viento. A muchos se les leía en la cara cierto despecho al no hallar en la mayor parte de las calles cosa de consideración, como alguna casa derribada ó cualquiera otra muestra palpable del deterioro causado por el vendabal. El hombre parece que es así, y cuando se ha prometido un espectáculo, enfádase hasta cierto punto si este le falta, ó si es menos importante de lo que suponía.

Yo puedo certificar de haber oído á dos individuos que marchaban presurosos por una calle y decían:—«Por aquí no hay na-

da que ver; vamos al muelle donde estará lo gordo»

La alameda de extramuros presentaba una vista imponente y lastimosa. Aquellos árboles por tierra producían tristeza. Era doloroso ver los preciosos laureles del Parque caídos casi todos.—La multitud circulaba por todas partes desde Escauriza á la Punta, llena de curiosidad, alegre, decidora y bulliciosa.

El espectáculo verdaderamente admirable era el mar que rompía impetuoso contra los arrecifes de la Punta y cuyas oleadas espumosas saltaban hasta cerca de la farola del castillo del Morro.

Un crecido número de personas se hallaba á orillas de la playa, sumamente entretenido en examinar multitud de paquetes de cartas y documentos que habían encontrado sobre los arrecifes, de fecha atrasadísima, pues eran del año 34 unos y otros del 40: Todo *papel mojado* nada mas, y que sin embargo vi disputarse á muchos, que creían adquirir algo curioso y estimable.

Pero basta ya de huracan y de charla. Ha vuelto la calma y con ella la tranquilidad. Dentro de algunos días no se ocuparán del temporal, sino los que hayan sufrido sus efectos, y la mayoría pensará en cualquiera otra cosa de actualidad que en la Habana nunca faltan.

GENARO ABEL.

EL AGUA.

ARTÍCULO DE CIRCUNSTANCIAS.

Hablen en buen hora los químicos y los físicos del agua y digan que se compone de exígeno y de hidrógeno, y cuando mi buen amigo el gacetillero de *El Siglo* se vea en la precisión de mentarla, llámela *protóxido de hidrógeno*. En su derecho están.

Ocúpense cuanto quieran los hombres de la ciencia acerca de las propiedades del agua, que ya les doy hueso que roer, y digan que es uno de los mas poderosos agentes de locomoción, buen conductor de la electricidad, mal conductor del calórico, y otras cosillas por el estilo y que el curioso lector puede ver en cualquier tratado de química ó física.

Poco me importa.

Para mí el agua no pasa de ser una cosa muy desagradable, cuyas conveniencias todas pueden reducirse á esta frase:

Me ha echado un jarro de agua fria! que dice uno cuando ha visto rodar por tierra todo el edificio de sus ilusiones ó de sus esperanzas, que allá se van ambas cosas.

Elévase uno al quinto cielo en presencia de la mujer á quien ama, y cuando mas lleno de fuego, de entusiasmo y de pasión cree uno que aquella mujer participa de los sentimientos y de las ideas que nos han hecho elocuentes por un instante, que su corazón late unísono con el nuestro y que su alma se cierne en las mismas alturas á que nos hemos elevado en alas de la pasión;—le sale á usted

con una observación parecida á esta, «¿sabés que Fulanita se cree un portento de belleza y tiene un diente postizo?» *Me ha echado un jarro de agua fria!* murmura el pobre amante y se queda mas muerto que vivo.

¿Qué me ponderen las escelencias del elemento que ha dado origen á esta frase!.....

¿Pues donde me deja usted lo de *aguar-se una cosa?*—La expresión no puede ser ni mas gráfica ni mas significativa. A buen seguro que si el agua fuera una cosa tan escelente, como dicen, se usara de esa frase para simbolizar nuestras decepciones!

Y hay sin embargo quien asegura que el agua es la gracia de Dios!—..... Canario! Yo creo que muy poca gracia les debió hacer semejante gracia á los que fueran espléndidamente agraciados con ella allá en los tiempos del Diluvio!.....—Y para qué?—Para nada, por que los habitantes de la tierra, que antes del Diluvio eran malos, después se han vuelto peores, gracias á la seguridad que tienen de no volverse á ver en semejantes fiestas.....

¡Ah pícaro arco-iris! tú tienes la culpa de la maldad creciente del género humano, pues cada vez que apareces en el cielo, y siempre es después de la lluvia, los mortales recuerdan la promesa que Jehovah hizo al bueno de Noé, y se dicen para su capote: «Arco-iris tenemos! Pues no hay diluvio!»

Y como no está averiguado que antes de ese cataclismo hubiera arco-iris, he aquí que los endurecidos mortales perseveran en su impertinencia. Bueno sería decirles que antes del diluvio había también arco-iris, aunque no fuera mas que para meterlos en cintura. La depravación del género humano me laceraba el corazón.

Pero dejemos en paz al añejo diluvio puesto que ya sabemos que la cólera de Dios no se ha de manifestar mas de esa manera, y que podamos dormir tranquilos aunque llueva á cántaros, pues que el agua no se atreve á hacernos otra jugarreta como aquella.

He hablado de llover á cántaros y esto me trae á la memoria que durante mes y medio hemos estado casi diariamente gozando las delicias de la lluvia—es decir; fastidiándonos á mas y mejor.

¿Sabéis lo que es un día de lluvia en la Habana? ¿Conoceis sus funestos resultados? ¿Ignorais que es convertir la ciudad en un inmenso lagunato, que después degenera en lodazal y que obliga á los ciudadanos pacíficos y honrados á permanecer encerrados en su casa, so pena de verse espuestos á cada instante á romperse la crisma ó á gastar en arrastra panzas lo que no tienen con que llenarse la suya?

¿Quien se atreve á salir en una noche lluviosa?—Solo conozco tres clases de seres, que tienen muchos puntos de contacto entre sí, y que poseen semejante valor. Estos tres seres son:—los enamorados, los maridos celosos y los ladrones.—Y es probado.

De consiguiente, cuando en una noche tempestuosa veais una persona que arrostra impávida el furor de los elementos y se lanza en el laberinto de nuestras calles, afirmad sin vacilación que es un enamorado, un marido celoso ó un ladrón.—Y véase como *La Serenata* propende á morigerar las costumbres dando un alerta á las familias, y pres-

tando un señalado servicio á la policía con este descubrimiento.

Queda pues convenido que la lluvia es la síntesis suprema del fastidio, y en prueba de ello apelo á todos los que me lean y á los que no me lean.—Diré mas aun. Un sabio alemán ha demostrado, como tres y dos son cinco, que las nueve décimas partes de los habitantes que contaba la tierra en la época del diluvio se murieron del fastidio que les causó el ver que un día y otro y otro, hasta cuarenta con sus noches, no cesó de llover.....

Ese sabio profundo agrega que si la familia de Noé no corrió la misma suerte, fué por aquello de

¡Cuñados en paz y juntos!...
O pintados ó difuntos!

Y como estaban vivos y efectivos, las rewertas continuas los distraían del fastidio de la lluvia incesante. Está visto que los alemanes inventaron la pólvora y la homeopatía!...

Después de esto no hay mas que renegar de la lluvia por mas que haya dicho un poeta

¡Oh cuan dulce es en lecho regalado
adormirse al rumor de la sonora
lluvia!

lo cual debe ser muy delicioso cuando está uno en su casa, posee un lecho regalado, tiene ganas de dormir, puede levantarse á la hora que le dá la gana, y le importa tres ardites que llueva ó deje de llover. Pero ¿quien hace ya caso de las palabras de los poetas?

Sin embargo, recuerdo que un gran poeta al comparar á la mujer con el agua la llamó *¡pérfida!* Tentaciones me dan de desarrollar esta comparación; y ¿por qué no?—Nada nuevo diré sin duda, pero hace tiempo que se dijo lo de: *nada nuevo hay bajo el sol.*

—Pérfida como la onda!—Y es verdad; por que si algo hay parecido á la mujer es el agua: como ella se presenta tranquila y sonriente invitando á arrojarle en sus frescas ondas; como la mujer, recela en su seno profundos abismos, en que se agitan monstruos horribles, que destrozan sin piedad al que llega al alcance de sus garras; el que se confía á sus ondas tranquilas halla la muerte en ellas, ó si logra salvarse se queda inútil para el resto de sus días.

Junto á la orilla de ese apacible océano hay un joven que permanece enagenado ante aquella inmovilidad de las aguas tranquilas como su alma; en el fondo de ellas hay una imagen misteriosa que lo atrae con su sonrisa—es una mujer.—Todas las cualidades del alma del joven se reflejan en el cristal de las ondas y revisten con un tinte de celeste poesía á la imagen misteriosa: cede al encanto irresistible de sus miradas y, fascinado por el mismo esplendor de su fantasía, cierra los ojos y se arroja al océano lleno de esperanzas. Lo que encuentra..... todos lo sabemos..... Pérfida como la onda!.....

¿Estrañarán los que me lean que no les diga una palabra del huracan que tal sustazo nos hizo pasar últimamente?—Pues bien; el huracan me ha gustado, y mucho. ¿Para qué decir lo contrario?

Ha venido á romper la monotonía de la existencia. Nos ha proporcionado algunas horas de emoción.

Porque para mí no hay nada tan espantoso como la monotonía. Una sucesión de días

serenos ó felices me haría completamente desgraciado. Me sucedería lo que á aquel antiguo rey de Asia á quien los dioses habian colmado de todas las felicidades terrestres, y que suspiraba por que le enviasen una desgracia, un contratiempo. Aquella felicidad no interrumpida le causaba pavor, por que creia, y con razon, que tras ella vendria la infelicidad mas completa.

Una sucesion de dias felices..... ¡Qué horror!

Vengan en buen hora todos los dolores de la tierra; vengan los sufrimientos que torturan y pulverizan el corazon!.....

Pero..... ¿á donde voy á parar con semejante discurso?..... Insensiblemente me iba á meter en el terreno del sentimentalismo, y el asunto del agua, objeto de este artículo, se ha quedado á buenas noches. Pues, señor, ténganlas muy buenas los lectores de *La Serenata*.

ARIEL.

UNA AVISPA SOBRE UN CRISTAL.

Nuestras suscriptoras habrán de dispensar que no les demos hoy la descripción de la Agencia de casamientos, recién instalada en esta Capital. Francamente; no está nuestro humor, ahora, para matrimonios ni casamientos. En lugar de lo ofrecido, conténtense con la siguiente comedia, robada y disfrazada, que recomendamos á la penetración de nuestros lectores.

El teatro representa el *observatorio* de un periodista. A un lado, una ventana con cristales, abierta.

PERSONAJES.

La avispa.—*La araña.*—*La mosca.*—*El periodista.*

JORNADA 1ª

La araña.—(dando la última mano á su tela). Bien! Ya empieza esto á tomar color: mis redes están arregladas de modo que dan deseos á cualquiera de pasar sobre ellas. ¡Aviso á las moscas.

La mosca.—No tengas cuidado! ya sabemos que tienes el hilo, tunanta, y se desconfía de tí. Cuando me veas á mi detenerme en tus rincones, será porque tendré ideas de suicidarme.

La avispa.—(entrando por la ventana). La lluvia empieza á caer; pongámonos al agrigo en este *observatorio*. (Mirando á la mosca) Qué haceis aquí, querida?

—Ya lo veis; vivo miserablemente.

—Y por qué no os marchais, entonces, á otra parte?

—Porqué he nacido aquí, y no se lleva fácilmente el polvo de la patria en las alas; pero vos, bella dama, á que debemos el honor de vuestra venida?

—A la lluvia que me ha obligado á buscar este refugio; mas ya apercibo el sol: buenos dias, vuelvo á mis tareas. Por donde se sale? Ah! por aquí. (Lánzase hácia la ventana y choca violentamente contra el cristal) ¡Diantre! me he lastimado..... Si estaré soñando! No, he ahí el Cielo y los árboles. No veo nada que me impida..... Vamos, adelante. (Choca de nuevo). Esta vez no he soñado, nó, porque siento un fuerte dolor en la frente. Mas, ¿por qué no podré pasar?

La mosca.—Porque no tomáis el buen camino: quereis atravesar el vidrio y eso es imposible.

La avispa.—¿Y qué entendéis vos por vidrio?

—Unas hojas de cristal muy delgadas que dejan pasar la luz é impiden que penetre la lluvia.

—Hum! Con que dejan pasar una cosa é impiden otra. Pues señor, no lo entiendo. Yo

no veo mas que el azul del cielo, el verde de los árboles, y francamente..... nada mas.

—Es porque los han limpiado esta mañana y su transparencia os deslumbra.

—Dime, pues, estúpida, pretenderás acaso hacerme creer que ahora es de noche? Si no estuviese tan de prisa, habia de castigar tu insolencia, mas se me espera.—Brrron (Toc) Otra vez! Decididamente, estoy distraida.

—Creedme: volad un poco mas bajo y saldreis por la ventana.

La araña.—No la escuchéis Sra. Seguid, derecho, delante de vos.

La avispa.—Brrron..... (Toc) Brrron..... (Toc) Brrron..... (Toc, toc.)

El periodista.—Qué estúpido insecto! Estoy cierto que no tendrá jamás el talento de salir del paso.

La araña.—(Disimulando.) Así lo espero. Todavía no he chupado ningun *himenóptero* y desearia conocer á lo que saben.

La avispa.—(Volviendo á volar con desesperacion.) Toc..... Toc..... Toc.....

JORNADA 2ª

El periodista.—He aquí un artículo que no concluiré jamás. (Oye el zumbido de la avispa) Cómo? Todavía estás aquí? pero tonta, simple, idiota, vuela mas bajo y te irás. No ves la ventana abierta?

La avispa.—Toc..... toc..... Dios mio! me vuelvo loca y mi cabeza está hecha un volcan.

La mosca.—Os estais matando vos misma pretendiendo pasar á través del cristal.

La avispa.—(Furiosa) Mil rayos que te lleven! Vete enhoramala.

La araña.—No la escuchéis: esa tunanta vive en la intimidad de los periodistas y os quisiera caricaturar.

La mosca.—Creedme; salid por la ventana, allá á la derecha.

La avispa.—Ah! ya estoy—Brrron—(Toc)

La araña.—Bien os decia yo que se mofaba de vos.

La avispa.—(Exasperada, persiguiendo á la mosca en todos los rincones) Ah! traidora, ah! pérfida. Si llevo á atraparte, vas á probar mi dardo.

La mosca.—Y sea V. atenta con el prójimo. Dichosamente, no vuela mas que con un ala.

La araña.—Ella ha jurado vuestra muerte. Seguid mi consejo y venid á mi lado.

La mosca.—No os fieis, que os chupará: mirad en el fondo de su tela, allí está el esu elet o de una de vuestras hermanas.

La araña.—Calumniadora! estos son los restos de una pobrecita abeja enferma que recoji y cuidé como buena hermana de la caridad..... Si tuviese siquiera dos testigos, te formaria un proceso por difamacion. (A la avispa.) Creedme; el momento ha venido: tomad bien vuestro arranque y esta vez pasareis.

La avispa.—Teneis razon. Adelante..... Brrron..... (Toc.)

JORNADA 3ª

La avispa, estenuada, se arrastra pesadamente sobre el cristal. Ya no me acuerdo de nada, Ah! qué debilidad! mis piernas no tienen fuerzas para llevarme mas tiempo.....

La araña.—Querida amiga, venid á descansar un rato sobre mi tela.

La mosca.—Si vais, sois perdida.

La araña.—No hagais caso de los consejos de esta tunanta. Venid, venid conmigo, querida amiga.

(La avispa se dirige lentamente hácia la tela y se deja caer en ella sin aliento.)

La araña.—Estais bien, ahora, eh? esperad un momento: voy á pasar algunos hilos por las patas para sostenerlas... Os sentis mejor?

—Si, pero no apreteis tanto, que el dolor es muy fuerte.

—Es por vuestro bien. Héos aquí ya como en una hamaca.

Ah! Me habia olvidado de tapar vuestro

aguijon. Ahora está todo listo, y ya estamos, amiga mia, solitos.

—No me puedo mover y vuestros ojos me causan espanto. Piedad!

La araña.—(Quitándose la careta) Ha llegado el momento de ver lo que teneis en el pecho, y ya no hay piedad. Ah! ah! ah!

La avispa.—¡Socorro, favor! que me devora y arranca las entrañas. Ah!..... ah!

La mosca.—(Recitando los ruegos de los agonizantes.) *Requiem dabo tibi.*

La araña.—Palabra de honor! Lo que estoy chupando aquí, es miel pura, y esquisita!.....

BELMONTE.

BIBLIOGRAFÍA.

DE LA HABANA Á MADRID.

por D. José Mompou.

Decir que una obra es buena ó mala, segun el móvil que impulse á uno y sin mas razones que unas cuantas palabras altisonantes y tal cual reticencia que lo mismo pueden aplicarse á una materia que á otra, es lo mas sencillo del mundo y lo que se practica entre nosotros; mas la tarea del crítico que aspira á revestir sus fallos de cierto espíritu de imparcialidad y de justicia, no es tan fácil como á primera vista parece. No basta examinar superficialmente si el estilo es ó no agradable y entretenido; menester es, ante todo, calcular su utilidad y tendencias, ya bajo el punto de vista moral, ya bajo el material.

¿Qué es el libro del Sr. Mompou? ¿Qué representa, cual es su fin, cuales sus tendencias?—El autor lo ha dicho: se trata de un Manual para los viajeros. Hay pues, que juzgarlo en este terreno.

No titubearémos en afirmarlo. La obra del Sr. Mompou es un modelo digno de ser imitado. No es una copia servil de esta clase de libros tan conocidos ya y formados bajo una misma pauta, sino el trabajo del hombre superior que sabe desterrar el fastidio que distingue á aquellos y hacerlo ameno é instructivo no solo para el que viaja, sino para todo el que desee formar una idea de los principales países con quienes nos ligan lazos de mútuo provecho. Pero hay mas todavía; á esos títulos, de por sí suficientes para lisongear el amor propio de todo autor, el libro del Sr. Mompou puede añadir el de haber llenado un vacío que se sentía entre nosotros; y la gloria de haber sido el primero en dar á sus conciudadanos esa obra necesaria, nadie podrá disputársela el Sr. Mompou.

Inútil es, por lo tanto, detenernos en otras consideraciones. Si lunares aparecen en ella como en toda obra humana, téngase en cuenta que el autor no ha querido ofrecernos trozos de literatura, sino coordinar noticias útiles bajo una forma original, agradable é instructiva.

Nuestro parabien, aunque mezquino, no puede por lo tanto faltar al Sr. Mompou, y al dárselo aquí muy sinceramente, no dejaremos de recomendar la adquisicion de su obra á toda persona culta, como justo tributo al mérito y utilidad que en ella se encuentran.

BELMONTE.

La administracion de este periódico se ha establecido en la calle de O-REILLY número 34, entre las de Cuba y Aguiar.

Imprenta y Librería EL IRIS, Obispo 22.